

MARIELA INSÚA Y ROBIN ANN RICE (EDS.)

# EL DIABLO Y SUS SECUACES EN EL SIGLO DE ORO. ALGUNAS APROXIMACIONES





EL DEMONIO Y LA CULTURA TRÁGICA.  
EL MIEDO A SÍ MISMO EN LOS ALBORES  
DE LA MODERNIDAD (SIGLOS XVI Y XVII)

*Fidencio Aguilar Viquez*  
*Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*

El propósito de esta presentación es, en primer lugar, mostrar cómo el sujeto moderno, antes de reclamar y de proclamar su autonomía y mayoría de edad, esa en virtud de la cual Kant llegó a afirmar que no quedaba sino la construcción de una paz perpetua basada en la razón, fue presa del miedo a sí mismo bajo la creencia del influjo demoníaco a través de los sentidos, la percepción y la carne, es decir, del sexo.

Ese sujeto moderno, del cual Romano Guardini (1996) afirma que fue exaltado bajo la figura del genio en el Renacimiento, y que recorrió los siglos subsiguientes desde el XV hasta el siglo XX con las imágenes del héroe, la gran personalidad y el líder, tuvo su descontón metafísico con la multiplicación de las diversas almas mortales de la fabulización de la realidad sostenida por Nietzsche en *El ocaso de los ídolos*<sup>1</sup>.

Obviamente, no se trata de un recorrido por todo el pensamiento moderno, para ello están los cursos de historia de las ideas o de historia de la filosofía; se trata más bien de mostrar que, previo al bullir del antropocentrismo generado a partir de la revolución copernicana, existía un cúmulo de referencias según el cual la seducción del demonio era permanente y cotidiana.

<sup>1</sup> Vattimo, 1992, pp. 36 y ss.

El otro propósito, en segundo lugar, es centrar la observación que, según Octavio Paz, marca la obra del *Quijote*, como prototipo del sujeto moderno, con respecto al prototipo medieval como puede ser *La divina comedia* de Dante. No es gratis esta observación porque de ella se deriva uno de los hechos fundamentales que marca y llena toda la modernidad hasta su crisis materialista, existencialista y nihilista del siglo XX.

Ese dato es que, a diferencia de Dante, que inicia el descenso a los infiernos acompañado por un guía para salir airoso a vislumbrar la gloria, mejor dicho, para lograr la conversión interior, el *Quijote* no necesita más que su brazo victorioso para iniciar un camino de aventura; y esto es lo que marca la diferencia entre el sujeto medieval y el sujeto moderno.

Para lograr esto, como toda aventura y como todo reto y horizonte que se plantee, el sujeto ha de superar peligros, estar atento, vencer a los enemigos o no dejarse seducir por el enemigo por antonomasia, el príncipe de este mundo, el padre de la mentira y de la seducción, precisamente el demonio y sus secuaces.

De esta suerte, lo que querría yo plantear es esta trilogía: el temor al demonio que podría traducirse también como el miedo a sí mismo consignado en cierta literatura de mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII, la figura del *Quijote* como prototipo del sujeto moderno y la imagen del demonio como el peligro siempre presente y latente que, incluso, en la propia configuración del sujeto posmoderno subyace y que lo vemos en nuestra vida cotidiana.

Es un tema harto complejo y difícil, pero vale la pena, al menos, enunciarlo de manera general.

En su *Historia del diablo*, Robert Muchembled, ilustra cómo se percibía la influencia demoníaca de 1550 a 1650 prácticamente en toda Europa y cómo influía en la vida cotidiana con imágenes que van del sexo y de la figura femenina hasta los olores de excrementos e inmundicias a cuyas figuras se contraponía el olor de santidad y la incorruptibilidad de los cuerpos de los santos y de los beatos.

La naturaleza femenina se consideraba un recipiente abierto en el centro del cual hervían las pasiones irreprimibles. La misión de los hombres consistía en controlar sus más graves excesos mediante la combinación de prácticas y obligaciones morales. El salto a lo demo-

niaco era, en efecto, siempre posible: «¡El exceso de pasiones introduce al diablo en el cuerpo del hombre y, sobre todo, de la mujer!»<sup>2</sup>.

Más adelante señala:

Hubo algo esencial que se modificó en la civilización europea de los siglos XVI y XVII [...] La primera influencia provenía de un movimiento moral y religioso de desprecio hacia los sentidos, porque éstos eran las puertas de entrada del pecado. La desconfianza hacia el cuerpo, heredada de los santos y los monjes, se acentuó y se extendió a diversos círculos laicos. El juez artesiano antes citado reflejaba perfectamente este temor a ser conducido por sus pasiones animales. Por otra parte, la civilización de las costumbres enseñaba en lo sucesivo a comportarse con decencia y modestia y a evitar tanto los gestos brutales como las manifestaciones corporales intempestivas. Los dos fenómenos se combinaba para formar a las personas de calidad, dueñas de sí mismas, corteses y capaces de hacer un buen papel en público dominando sus impulsos brutales o sexuales<sup>3</sup>.

Un par de textos más terminarán nuestro dibujo de esos momentos:

La imagen de un dios terrible, interesado en cada acción del ser humano, tenía como contrapunto a un demonio de un extraordinario poder que seguía paso a paso su prueba, de la cuna a la tumba. Este mecanismo de personalización y de interiorización del pecado fue el fundamento mismo de la modernización de Occidente<sup>4</sup>.

Y el segundo:

El sexo prohibido, las mujeres vigiladas: estos temas proclamaban que lo esencial sucedía en la esfera del cuerpo. Hasta que se alcanzó el autocontrol propiamente dicho, lentamente realizado en la corte y en los grupos urbanos superiores a partir del segundo tercio del siglo XVII, el miedo a sí mismo fue el motor principal de la evolución entre los años 1550 y 1650<sup>5</sup>.

Pues bien, este temor, este proceso de interiorización, esta concentración del sujeto en sí mismo, incluso esta corporalización, porque sin duda estar atento al cuerpo aunque se le considere peligroso es una concientización sobre él y en él, esta suerte de descubrimiento

<sup>2</sup> Muchembled, 2006, pp. 116-117.

<sup>3</sup> Muchembled, 2006, pp. 118-119.

<sup>4</sup> Muchembled, 2006, p. 132.

<sup>5</sup> Muchembled, 2006, p. 133.

de la subjetividad hizo que naciera, ya en los albores de la modernidad, la imagen del genio, como la del ingenioso hidalgo don Quijote.

Aquí es donde quiero destacar la observación que hace Octavio Paz al respecto:

Con la *Comedia*, la sociedad cristiana nos ofrece su obra más acabada y plena. Con el *Don Quijote* aparece la primera gran obra del mundo moderno. El tema de la novela de Cervantes también es el alma humana, sólo que ya no es el del alma caída sino enajenada. El héroe es un loco, no un pecador. Está fuera de la suerte general del hombre puesto que ha perdido el albedrío. *Don Quijote* no encarna a la historia humana; es su excepción. Es ejemplar de un modo irónico, por negación: no es como el resto de los hombres. La correspondencia se interrumpe o, más exactamente, asume la forma de la interrupción. El vagabundeo del hidalgo manchego no es una alegoría de las peregrinaciones del pueblo escogido sino de un hombre extraviado y solitario. Virgilio y Beatriz guían a Dante; nadie guía a don Quijote y su compañero de andanzas no es un vidente sino el miope sentido común. El círculo concéntrico es el modelo de viaje del poeta; el cabalgar del loco no obedece a ninguna geometría y ni siquiera a la geografía: es un ir y venir sin rumbo y durante el cual las posadas se transforman en castillos y los jardines en corrales. La peregrinación del florentino es un descenso y un ascenso; la del español es una sucesión de tropiezos y descalabros. La visión final de Dante es la de la divinidad; la de don Quijote es un regreso a sí mismo, a la realidad sin grandeza del hidalgo pobretón. En un caso, contemplación de la realidad suprema y conversión; en el otro, reconocimiento de nuestra insignificancia y resignación a ser lo que se es. Dante ve a la verdad y a la vida; don Quijote recobra la cordura y se enfrenta a la muerte<sup>6</sup>.

Lo que nos muestra Paz es, justamente, que ahí, en el amanecer de la modernidad, se encuentra el nudo del problema fundamental del sujeto, del sujeto moderno: la duda sobre el principio mismo de la realidad.

La sensación de que, no siendo la tierra el centro del universo, digamos en términos generales, la consecuencia de la revolución copernicana, el ser humano se encontraba a la deriva, desorientado, desprotegido y tenía que comenzar a aceptar que no podía sino valer-se por sí mismo.

<sup>6</sup> Paz, 2003, p. 310.

Pero en torno a la realidad, ésta se tornaba dudosa:

Realidad problemática, héroes problemáticos y lenguaje problemático: el mito de la crítica comienza a configurarse. La correspondencia se rompe y la ironía substituye a la analogía. La clave de la *Comedia* es el libro del *Éxodo*; la de la novela de Cervantes, los libros de caballería. El primero es la palabra sagrada, el modelo universal y eterno; los segundos son obras de diversión y pasatiempo, no una alegoría de la historia del hombre sino el relato de su insensata aventura. El lenguaje ya no es la clave del mundo: es una palabra vana, loca. ¿O es al revés: la locura es la del mundo y don Quijote es la palabra racional que anda disfrazada de locura por los caminos? Cervantes sonríe y calla: ironía y desengaño<sup>7</sup>.

No está por demás señalar que, en efecto, no sólo con esta obra del *Quijote* sino con otras más del Siglo de Oro español se inauguraba el ascenso del sujeto autónomo, el descubrimiento de su interioridad y todo lo que esto implicó en todos los terrenos del saber y en los diversos ámbitos de la actividad humana.

Pero no es menos cierto que, ahí se encuentra ya, en el *Quijote*, el horizonte de su desenlace: cuando menos la problemática de que la locura y la razón parecen no poder estar juntas. O de que la razón autónoma y desvinculada deviene en locura y qué tipo de locura, ¿esa que todos señalan como emblemática y que tiene como imagen terrorífica a Auschwitz?

La imagen demoníaca no hace sino transformarse y el sujeto, también el posmoderno, sigue peligrando a su acecho. Quizá hoy no sea esa imagen maléfica o esa imagen cómica de la que ayer se hablaba, pero serán los demonios internos, el trauma, el sueño, el inconsciente, todo ese escenario desconocido incluso para nosotros aunque esté en lo más recóndito de nosotros mismos.

Pero el tiempo nos devora y no queda sino ser obedientes a él si queremos sobrevivir, así que dejaré el tercer punto que quería, la de la transformación del demonio y sus secuaces no sólo en el Siglo de Oro español sino en nuestros días. Sólo enunciaré la obra que ha llevado a cabo Mircea Eliade para enfocar mejor todo el espectro de la condición del sujeto iniciado ante el enemigo, el peligro que representa para no alcanzar la tierra prometida, su libertad, su felicidad, su conversión, la victoria en la aventura o el fin para el cual conside-

<sup>7</sup> Paz, 2003, p. 311.

ramos que estamos en este mundo, en esta vida y en estas circunstancias.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Guardini, Romano, *El fin de la modernidad/Quien sabe de Dios conoce al hombre*, trad. José María Hernández, PPC, Madrid, 1996 [1965].
- Muchembled, Robert, *Historia del diablo. Siglos XII-XX*, trad. Federico Villagas, Fondo de Cultura Económica (Historia), México, 2006 [2000].
- Paz, Octavio, *Obras completas, I. La casa de la presencia. Poesía e historia*, Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, México, 2003 [1991].
- Vattimo, Gianni, *Nietzsche. Heidegger y la hermenéutica*, trad. Juan Carlos Gentile Vitale, Paidós (Studio), Barcelona, 1992.